



**Joan M. Ferran Oliva**

# **La saga de los catalanes en Cuba**



Casa Amèrica Catalunya

© Fundació Casa Amèrica Catalunya

© del texto: Joan M. Ferran Oliva

© foto cubierta: *Calle real* de Cárdenas (Cuba) a principios del siglo xx. © AISA

Editoras: Judit Mulet y Agnès Toda Bonet

Traducción del catalán: Encarna Belmonte

Realización editorial: líniazero edicions

Impresión: Syl

Esta obra se encuentra bajo una licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5

Spain de Creative Commons.

Para ver una copia, pueden visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>.

Se permite la copia, distribución y reproducción de esta obra siempre y cuando sea sin ánimo de lucro, se acredite la autoría y se mantenga la nota de licencia.

ISBN: 978-84-85736-45-4

DL: B-12082-2009

Fundació Casa Amèrica Catalunya

Còrsega, 299, entresòl / E-08008 Barcelona / [www.americat.net](http://www.americat.net)

En Cataluña dejé  
el día de mi partida  
media vida adormecida;  
me llevé la otra mitad  
para no quedar sin vida.

Ahora en tierras de Francia  
luego más lejos tal vez,  
no moriré de añoranza  
de añoranza viviré.

**Pere Quart**

9	<b>PRESENTACIÓN</b>	90	<b>MÚSICOS</b>
11	<b>PRÓLOGO</b>		Joan París
			Hipòlit Lázaro
14	<b>1. LA LLEGADA A CUBA DE LOS CATALANES</b>		Josep Ardévol
16	<b>ANTES DE 1780</b>		Xavier Cugat Mingall
16	<b>EL «BOOM» ENTRE 1780 Y 1860</b>		<b>Orquestas catalanas</b>
20	<b>LA DESACELERACIÓN POSTERIOR A 1860</b>	95	<b>GENTE DE TEATRO</b>
21	<b>LA REANIMACIÓN ENTRE 1900 Y 1928</b>		Estirpe de actores y críticos
24	<b>PUEBLOS DE PROCEDENCIA</b>		Teatros fundados por catalanes
26	<b>EL CAMINO A LA TIERRA PROMETIDA</b>	98	<b>EL ARTISTA GRÁFICO JAUME VALLS</b>
		100	<b>FILÁNTROPOS Y MECENAS</b>
28	<b>2. CIFRA DE CATALANES EN CUBA ENTRE 1780 Y 2000</b>	102	<b>5. IDEOLOGÍA</b>
28	<b>POBLACIÓN CATALANA EN CUBA</b>	106	<b>PATRIOTAS CATALANES</b>
32	<b>SUMATORIA DE EMIGRADOS A CUBA</b>		Josep Conangla Fontanilles
33	<b>PROPORCIÓN DE MAGNATES</b>		Claudi Mimó Caba
			Josep Murillo Mombrú
36	<b>3. LOS HOMBRES DE NEGOCIOS</b>		Salvador Carbonell Puig
37	<b>INDUSTRIALES</b>		Josep Pineda Fargas
	<b>Jaboneros</b>	111	<b>LA CONSTITUCIÓN CATALANA DE LA HABANA</b>
	<b>Tabacaleros</b>	113	<b>LA APORTACIÓN DE LOS CATALANES CUBANOS A ESTAT CATALÀ</b>
	<b>Fabricantes de ron</b>		
	<b>Azucareros</b>	115	<b>6. LOS CATALANES CUBANOS Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA</b>
	<b>Navieros</b>	115	<b>PRECURSORES</b>
	<b>Comerciantes</b>		Tomàs Gener Boígues
60	<b>CONSTRUCTORES DE FERROCARRILES</b>		Ramon Pintó
	<b>Financieros</b>		Ramon Just
79	<b>RASGOS COMUNES</b>	120	<b>LOS CATALANES MAMBISES</b>
80	<b>CARICATURA DE LOS AMERICANOS</b>		Josep Miró Argenter
			Josep Oller Aragay
82	<b>4. INTELLECTUALES, ARTISTAS Y FILÁNTROPOS</b>		Gabriel Prat
82	<b>INTELLECTUALES</b>		Pere Soler
	<b>Francesc Prat Puig</b>		Àngel Bellot Rosa
	<b>Carles Martí Fernández</b>	130	<b>OTROS CASOS IMPORTANTES</b>
	<b>Marià Cubí Soler</b>		Marià Balaguer
	<b>Benet Vinyes Martorell</b>		Josep Maria Sardà
	<b>Josep Aixalà Casellas</b>	132	<b>LOS CATALANES DEL OTRO BANDO</b>
	<b>Josep Gil Gelpi Ferro</b>		El Cuerpo de Voluntarios
	<b>Francesc Camprodon Lafont</b>		

	Los Voluntarios Catalanes
137	«EL APUÑALAMIENTO» DE JOAN PRIM EN LA HABANA
139	<b>7. LA RELIGIÓN</b>
139	IGLESIA DE MONTSERRATE DE LA HABANA
140	ERMITA DE MONTSERRAT DE MATANZAS
141	ERMITA DE LOS CATALANES DE LA HABANA
142	LOS PADRES ESCOLAPIOS
144	UN SANTO CATALÁN EN CUBA
146	<b>8. ASOCIACIONES Y PUBLICACIONES</b>
146	SOCIEDADES POLÍTICAS
	Centro Catalán
	Club Separatista núm. 1 de La Habana
	Club Separatista núm. 11 de Santiago de Cuba
	Grop Nacionalista Radical Cataluña
	Blok Nacionalista Cathalonia de Guantánamo
	Comunistas catalanes
	Hermandad Catalana de Camagüey
	Asociación Protectora de la Enseñanza Catalana
154	SOCIEDADES LÚDICAS Y DE BENEFICENCIA
	Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña
	Otras instituciones sociales
161	PUBLICACIONES CATALANAS EN CUBA
	<i>La Nova Catalunya</i>
	Otras publicaciones periódicas y radio en catalán
166	LIBROS
	Aparecidos antes y durante el siglo XIX
	Aparecidos a lo largo del siglo XX
	Publicados en el siglo XXI
171	<b>9. UNA ESPECIE EN EXTINCIÓN</b>
174	EPÍLOGO
179	EL AUTOR
181	BIBLIOGRAFÍA
186	ÍNDICE ONOMÁSTICO
193	ÍNDICE ILUSTRACIONES / ÍNDICE TABLAS

## PRESENTACIÓN

**Isabel  
Segura Soriano**  
Barcelona,  
marzo del 2009

Joan M. Ferran Oliva nos ha regalado un libro: *La saga de los catalanes en Cuba*, un libro que es un presente personal y, al mismo tiempo, una ofrenda a la sociedad, puesto que recoge la memoria de un bien colectivo.

Joan M. Ferran Oliva llena de valor la experiencia de los catalanes de Cuba y recupera vidas ajenas. Se trata de episodios, textos y datos que constituyen un bien patrimonial, no siempre tangible o detectable a simple vista. Y, para preservar el recuerdo, para que quede constancia de lo que un día sucedió, Joan M. Ferran Oliva ha ido investigando, averiguando y comprobando a lo largo de los años, muchos años, todo aquello que hacía referencia a la presencia catalana en Cuba.

Economista y, en sus propias palabras, «historiador a la carrera», combina ambos oficios en esta obra magna. Por un lado destaca la claridad de exposición, rigor estadístico y la búsqueda de ese dato que no siempre es fácil de encontrar; y cuando no han existido series de datos completas, se ha arriesgado a hacer cálculos de probabilidades. Por otro lado, su manera de historiar a la carrera le ha llevado a buscar sin desfallecer en archivos y bibliotecas durante años, muchos años, como decíamos en el párrafo anterior. No es ésta una obra realizada con prisas, sino la de toda una vida; es la selección de un dato aquí y otro allá, y más allá en el tiempo y en el espacio, y ahora de un texto...

El lugar de origen es Cataluña; el de llegada, Cuba. Algunos viajeros hicieron un camino de ida y vuelta, pero en otras ocasiones se trató de un viaje sin retorno. Y Cuba se convirtió así en la patria de acogida. Como nos cuenta en autor, «en la isla todavía quedan un puñado de aquellos que hace muchos años vinieron en busca de fortuna o por otros motivos. Son los últimos catalanes cubanos. Ellos y sus predecesores fueron protagonistas, y todavía lo son, de la Cataluña exterior».

Datos y fechas, sí, pero no se trata únicamente de referencias, sino de información enmarcada dentro de un contexto histórico, político, social y económico cambiante a lo largo de los siglos.

La obra cubre un largo periodo histórico. Se inicia al finalizar el siglo XVIII, cuando la presencia catalana empieza a ser importante en la isla, y finaliza en la actualidad. Durante estos siglos, hombres de negocios, intelectuales, artistas, filántropos, músicos, gente de teatro, diseñadores gráficos, políticos y religiosos escogieron Cuba para el desarrollo de su actividad. La obra de Joan M. Ferran Oliva también trata de los diferentes compromisos de los catalanes: con la independencia cubana y con el gobierno colonial. Asimismo, nos presenta las asociaciones que los catalanes crearon a lo largo de los siglos y las publicaciones que llevaron a cabo.

El texto está escrito con pasión; se perciben en él la implicación personal y el compromiso. Cabe pues agradecer a Joan M. Ferran Oliva los años de investigación y el tiempo de creación que han logrado sacar a la luz la magnitud de la aportación catalana en Cuba y también a Casa Amèrica Catalunya que haya decidido divulgarla en forma de libro.

## PRÓLOGO

**Joan M.  
Ferran Oliva**  
La Habana,  
junio del 2008

Hoy en día los catalanes de Cuba son una especie en extinción. Difícilmente quedan un centenar de ellos en toda la isla. La edad media del grupo es de poco más de setenta y cinco años, por lo que pronto no quedará ninguno. Estas cifras tan reducidas contrastan con los millares existentes hasta el primer tercio del siglo XX. La mayoría llegaron a Cuba buscando nuevos horizontes o huyendo del servicio militar, la represión o la guerra. Algunos volvieron a la patria y, de los que permanecieron en la isla, sólo quedan los mencionados. Nadie ocupa su lugar, puesto que hace muchos años que los catalanes no emigran.

Sin embargo, esta visión actual no es tan dramática como parece. No resulta agradable la perspectiva del fin de la comunidad a la cual pertenecemos, pero es ley de vida. Ésta sería la mala noticia; la buena es que ya han acabado las causas de la diáspora catalana y el consiguiente sufrimiento derivado del desarraigo.

Durante el siglo XIX y parte del XX, Cataluña fue la punta de lanza de la economía peninsular, pero todavía no era un país rico. Los campesinos pobres y los proletarios del Principado solían habitar casas frías y húmedas, comían pan duro y mohoso –y más pan que chicha– y en líneas generales no tenían una nutrición equilibrada. Vivían en un entorno poco higiénico que a su vez favorecía el brote de enfermedades puntuales o endémicas. La ropa y cualquier tipo de utensilio se compraban para toda la vida y, a veces, incluso para las de las generaciones siguientes. La falta de esperanza dificultaba el diseño de un futuro; sobrevivir en aquel entorno era el décimo primer mandamiento y, a menudo, la emigración se convertía en la única salida.

Entre el último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XX emigrar a Cuba fue un objetivo que llevaron a cabo muchos hijos del Principado. Los aproximadamente ciento cincuenta años de duración de este flujo tuvieron una incidencia social y económica importantísima para ambas naciones. Para Cuba el hecho más positivo fue la integración

de esta marea humana en la nación que los acogió, a la que aportaron virtudes y sangre nueva. A pesar de no ser tan numerosos como otras etnias que integraban la química nacional cubana, su huella queda patente en numerosos aspectos. Una vez arraigados, poco a poco iban adquiriendo una doble nacionalidad sentimental, y amaban tanto a la tierra que habían dejado atrás como a la de nueva adopción. Estos catalanes cubanos –como hay que llamarlos– nunca dejaron de añorar su lugar de nacimiento, pero echaron unas raíces de amor en su nueva patria.

De todo hay en la viña del Señor y entre los miles de personas que se establecieron en Cuba las hay de todo tipo: muchas pasaron por la vida sin pena ni gloria; otras merecen la beatificación; algunas, la absolución y no faltan las que acabaron en el sumidero de la historia. Afortunadamente no hay demasiadas de éstas últimas. Sea como fuere no podemos reencontrarnos con los desaparecidos, pero sí con sus historias y ésta es precisamente mi intención.

Dedico mis horas libres –que por el momento son todas– a estudiar la historia de las personas, hechos, organizaciones y todo aquello que tenga que ver con los catalanes de Cuba. Es el único modo a mi alcance para prestar un servicio –de lo más modesto– a Cataluña: intentar que no caiga en el olvido el recuerdo de un grupo particular de sus hijos.

No soy ni mucho menos el primero que se ocupa y se preocupa de compilar este testimonio; mis antecesores y sus frutos son un puntal de mi trabajo. Historia no hay más que una, aunque las interpretaciones –incluidos los hechos minimizados o magnificados– puedan parecer diferentes. Mi tarea ha consistido en recopilar lo que ya existía, investigar nuevos aspectos poco divulgados o desconocidos, conferirle a todo un orden y procurar unas interpretaciones objetivas.

Repito a menudo que no soy historiador de carrera, sino a la carrera; es una forma de mitigar el complejo que me provoca dicha limitación académica. Soy economista y, por deformación profesional, maniático de las cifras. Así, en lugar de utilizar únicamente argumentaciones sesudas y palabras superlativas y comparativas, me gusta expresarme en términos numéricos y de raciocinio. Por tanto, durante el desarrollo de la investigación no he podido resistir la tentación de calcular o realizar aproximaciones sobre aspectos que no habían sido abordados hasta el momento: el número de catalanes cubanos año a año desde 1780 hasta la actualidad; el total de catalanes emigrados a Cuba durante todas las épocas; la proporción de magnates dentro del

conjunto de catalanes cubanos; la cantidad que se integraron como mambises en la liberación de Cuba; las cifras actuales de últimos catalanes cubanos.

En los casos pertinentes, he enmarcado los hechos dentro del contexto histórico, político, social y económico de cada época. Me ha interesado revelar las motivaciones, la ideología y la forma de actuar de aquel colectivo en cada momento; merece atención especial su participación en las guerras de independencia de Cuba, tanto en un bando como en otro.

He intentado establecer una tipificación de los emigrantes según la actividad que desarrollaron en la isla; no sólo de los que hicieron fortuna, sino también de los que no se dedicaron a trabajos puramente económicos. Me estoy refiriendo a patriotas, partidistas, escritores, clérigos y muchos otros. Tampoco puede dejarse de hacer mención de las asociaciones y las publicaciones. El abanico de temas es amplio, pero todavía quedan aspectos por tratar que dejo para futuros trabajos.

Semblanzas, hay las necesarias, y no se recogen en un anexo, sino a lo largo de la narración cada vez que es preciso. No están todas puesto que no se trata de un diccionario; sólo aparecen las que he creído oportunas.

Quizá la única virtud de este trabajo sea brotar de una visión endógena, que sale de dentro. He vivido prácticamente toda mi vida en Cuba y nunca he olvidado mis orígenes. No he pasado un solo día sin acordarme de la cuna, de la patria a la que quiero, y probablemente más a causa de la lejanía. Disfruto de la ventaja añadida de haber conocido tres siglos de una manera directa o indirecta: una primera infancia y parte de la adolescencia en Valls, junto a los abuelos, que conservaban la casa y las costumbres de un siglo XIX que aún pervivía. Después de la Guerra Civil nos empujaron a mis padres y a mí hacia Cuba, donde he permanecido hasta hoy; es decir todo lo que quedaba del siglo XX y los inicios del XXI.

El mito de Cuba todavía sobrevive en Cataluña. Son muchos los que quieren visitarla, no para hacer las Américas, sino para conocer la tierra prometida legendaria de nuestros antepasados. Actualmente el sentido de la migración se ha invertido: el lugar de partida se ha convertido en el de llegada, y viceversa. Sin embargo, en la isla todavía quedan un puñado de aquellos que hace muchos años vinieron en busca de fortuna o por otros motivos. Son los últimos catalanes cubanos. Ellos y sus predecesores fueron protagonistas, y todavía lo son, de la Cataluña exterior.

## 1. LA LLEGADA A CUBA DE LOS CATALANES

1. Aproximadamente entre 1530 y 1780.

Durante los primeros doscientos cincuenta años como colonia española<sup>1</sup>, los componentes étnicos de los habitantes de Cuba fueron mayoritariamente canarios, andaluces y negros africanos. Por el contrario, la presencia catalana había sido irrelevante; sólo empezaron a llegar catalanes de manera continuada a finales del siglo XVIII. A partir de aquel momento y hasta 1850, los hijos del Principado fueron los peninsulares que, en mayor medida, se establecieron allí de manera permanente. Sin embargo, para aquel momento ya se habían definido los rasgos principales de la etnia cubana, si es que se puede aplicar dicho calificativo. Por tanto, los que llegaron después del año 1750 se encontraron ya con una población formada.

Generalmente se argumenta que Cataluña no participó en la aventura de la conquista y la colonización de América debido a que la corona de Castilla limitó en exclusiva a sus súbditos el acceso a las nuevas tierras. Los extranjeros tenían prohibido participar, y los catalanes quedaban dentro de dicho grupo. Sin embargo, en este punto existen diferencias de criterio. Según versiones más actuales, la prohibición no se hizo efectiva; si los catalanes no participaron activamente fue por propia voluntad. Josep Maria Fradera afirma en su libro que «los catalanes llegaron tarde, pero con fuerza a la carrera colonial».

A finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX se desarrolló una situación económica peculiar que benefició a la burguesía criolla o sacarocracia, mientras que, por su lado, en Cataluña se estaba produciendo el desarrollo del capitalismo y la única revolución industrial llevada a cabo en la Península. Fue entonces cuando, según Oriol Junqueras, Cataluña y Cuba «se encontraron porque eran las dos zonas económicamente más dinámicas de toda la monarquía española. Cuba y Cataluña constituían los dos arietes de la modernización agraria e industrial».

El mismo autor añade que, más adelante, en la segunda década

del siglo XIX, cuando Cuba y Puerto Rico eran las dos únicas colonias españolas que quedaban del continente americano, los factores explicativos del *boom* fueron las condiciones económicas favorables de la isla –una verdadera *danza de los millones*– en un momento en que en Cataluña se iniciaba una etapa de dificultades económicas y políticas provocadas por las guerras y los acontecimientos políticos trascendentes, todo en medio de una revolución industrial en curso. También influyó que los catalanes que se iban estableciendo en Cuba iban conformando paso a paso una especie de red que hacía de puente y atraían a parientes, amigos y conocidos: nuevos inmigrantes que llegaban a la isla con un destino puntual. Fue entonces cuando Cataluña y Cuba establecieron una relación directa, larga y profunda que duró más de ciento cincuenta años.

Entre 1827 y 1849 Cuba ocupó el tercer puesto de los mercados españoles, por detrás de Francia e Inglaterra. Los productos textiles, agrarios y el vino eran las exportaciones principales que se realizaban hacia la isla. El grupo de poder en la *siempre fiel isla de Cuba* –como acostumbraban a llamarla entonces– organizó expediciones propias para mantener el tráfico de esclavos, que era la base del sistema de producción cubano. Debido al potencial agrícola, industrial y naviero, Cataluña desarrolló un papel principal en las relaciones comerciales con Cuba, dentro de las cuales el tráfico negrero tuvo un peso muy importante. Siguiendo con Josep Maria Fradera, no existía prácticamente ninguna empresa colonial catalana importante que no hubiera participado en dicha actividad. Los intercambios entre Cataluña y el mercado interior español no generaban suficientes beneficios para compensar el déficit de la balanza comercial con Europa, y el modelo negrero fue decisivo para el mantenimiento de un sistema complejo de relaciones exteriores.

De este modo, Cuba se convirtió en un intermediario comercial natural entre España y América, y Cataluña jugó un papel primordial en estas relaciones. Muy pronto, ya en el siglo XIX, Barcelona superaba a Cádiz en el comercio con las Antillas, y el protagonismo catalán aumentaba año tras año.

La llegada de los catalanes a Cuba se realizó en cuatro etapas. La primera duró hasta finales del siglo XVIII; de aquí en adelante se tomará por convención el año 1780 como línea divisoria. La segunda etapa corresponde al *boom* migratorio que tuvo lugar desde aproxima-

damente el año 1780 al 1860. Entre este último año y 1898 se produjo una caída que, sin embargo, no acabó con el flujo: se trata de la tercera etapa. La etapa final, que fue entre el 1900 y 1929, supuso una reanimación importante que acabó con la crisis económica mundial. Podría considerarse una quinta etapa derivada de la Guerra Civil española, pero no resultó cuantitativamente relevante.

### ANTES DE 1780

Esta primera etapa se puede considerar la «prehistoria» de la emigración catalana en Cuba. Según la escasa información existente, entre 1514 y 1559 no superó el 1,13% anual, según Jesús Guanche, o poco más del 1%, según Moreno Massó.

Las referencias puntuales y anecdóticas proceden mayoritariamente de Carles Martí (véase semblanza más adelante), autor de principios del siglo xx establecido en Cuba que sólo menciona la presencia de dos catalanes en la isla en el siglo xvi: la primera, del año 1664, referida a la concesión de un canal a Salvador Lluç; la segunda, de 1695, relacionada con la donación de un terreno al sacerdote Cristóbal Bonifà Rivera para la construcción de la iglesia de Jesús del Monte.

Por otra parte, al referirse a relaciones entre Arenys de Mar y Cuba, Ernesto Álvarez Blanco afirma: «el pionero del comercio catalán en América fue Esteban Ros, quien se convirtió en 1720 en el primer comerciante del Principado que matricula en la Carrera de Indias».

### EL «BOOM» ENTRE 1780 Y 1860

En este periodo se produjo un primer *boom* de la emigración catalana hacia Cuba. Se inició con la apertura del puerto de Barcelona y, con ritmo creciente, perduró hasta el año 1860.

Según Moreno Massó, «los catalanes llegaron a constituir el flujo migratorio más importante tanto en lo tocante al papel económico que tuvieron como a la influencia política y social».

Según Oriol Junqueras, «el 60% de los emigrantes españoles que llegaban a Cuba lo hacían para servir, mientras que entre los catalanes dicha proporción era sólo del 38% y temporal hasta que encontraban una actividad más adecuada».

En relación a la etapa del *boom*, Carles Martí hace mención a Josep Gelabert, juez de tierras, que plantó el primer cultivo de

café en 1748, aunque fue para fabricar aguardiente. También cuenta que, en 1750, Esteve Codina fundó el poblado de El Guatao, en las proximidades de La Habana. Bernat Llagostera fue el primer empresario del Teatro Principal de La Habana, construido en 1773.

El *Papel Periódico de La Habana* inauguró su publicación el 24 de octubre de 1790; su editor fue el catalán Francesc Seguí, propietario de una imprenta. Cuenta Carles Martí, a modo de anécdota, que el primer número del periódico anunciaba en los avisos teatrales que «en el segundo intermedio de *Los Áspides de Cleopatra* que representará la compañía de Cómicos de la Comedia, se cantará una tonadilla a dúo, titulada *El Catalán y la Buñuelera*».

Pau Boix publicó diversos trabajos en el periódico de la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 1792. Y, además, una calle habanera de la época llevaba el nombre de San Salvador de Horta, dado que en ella se localizaban los negocios de almacenaje catalanes de la mencionada barriada barcelonesa (se trataba de una callejuela que iba desde Teniente Rey, frente al convento de San Francisco, hasta la plaza Vieja).

Este autor señala que de las cuatro imprentas existentes en la capital durante el primer cuarto del siglo xix, dos pertenecían a apellidos catalanes: Palmer y Seguí. Éste último también fundó la primera librería de la ciudad. También menciona a un literato llamado Pau Boix, del que ya se ha hablado antes y hace mención especial de Jaume Florit, que introdujo la taquigrafía en La Habana en 1805.

En 1823, Josep Antoni Mestre inició la producción industrial de chocolate; fue sucedido por Martí Masferrer, que amplió la fábrica. En 1810 Bernat Rencurell fundó la primera industria de cigarrillos.

El famoso Teatro Villanueva lo construyó Miquel Viu Pons. En 1834 llegó a la capital Josep Robreño, autor y actor de amplia fama, cuyo apellido ha perdurado en los anales del teatro cubano hasta nuestros días.

En 1832 el profesor Josep Riera fundó la primera escuela en Marianao. También se menciona a Joan Julià y a Josep Arrufat, que en 1779 se dedicaron al cultivo del trigo a gran escala en Santa Clara, y a Josep Arnau, ingeniero catalán destacado que en 1800 vivía en Matanzas.

De la misma época nombra a Feliu Ferrer, Antoni Rocabrúna, Joan Pullàs y Josep Martí Solà, funcionarios coloniales de Santiago de Cuba, donde también residían los músicos religiosos Cayetano Paguira

y Joan París (o Parés) y los profesores de guitarra Manegat y Bisbé. Refiriéndose a la capital oriental, añade:

«En Santiago de Cuba destacóse por los años de 1832 al 36 Juan Casamitjana como maestro compositor y músico mayor del Regimiento de Cataluña y después pasó a La Habana. Un profesor de flauta, llamado Juan Llobet, natural de Barcelona, se distinguió; en 1840 cantó varias óperas con gran aplauso el barítono Calvet, también de Barcelona; brillaban en aquella época entre los músicos que había en Oriente, los catalanes señores Ignacio Gorgas (flauta), Ramon Aguabella (trombón), José San Martí (marímbola), Antonio Suñer (violín), y como cantantes Magín Creus, Fidel Quintana y José Varela, todos de Barcelona. Jacinto Pagés, de Barcelona, figuraba entre los cantores de la Catedral como contralto y tenor.

También en aquel tiempo un catalán, José Francisco Soler, establece la Escuela de Náutica y Dibujo Sueco, gratuitas, en Santiago de Cuba. Se recuerda, además, a Máximo Domingo, maestro en Santiago de Cuba».

Según el autor antológico, la capital de Isla de Pinos fue bautizada en 1830 como Nueva Gerona en recuerdo de la defensa heroica de Girona, en la que participó el que entonces era capitán general de Cuba, Francisco Dionisio de Vives. También cuenta que:

«En aquel tiempo hubo un pirata catalán nombrado Carreras, cuyas piraterías las hizo todas contra las costas norteamericanas. A instancia del Gobierno de Estados Unidos lo apresaron y juzgaron cortarle la cabeza, y expusieron la cabeza dentro de una jaula en Cayo Smith (Santiago de Cuba). Fue en el año 1834».

Carles Martí hace referencia a muchos otros casos, pero se trata en casi todos ellos de personalidades o hechos destacados que se abordarán más adelante.

El historiador estadounidense Roland T. Ely describe la presencia catalana en Cuba durante los primeros años del siglo XIX a través de las opiniones de diversos autores de la época:

«[...] el Rev. Abiel Abbot describió a los catalanes como “judíos con-

sumados” [...] tienen poco del carácter que nosotros generalmente le atribuimos sin distinción al español. [...] Llegan pobres, comienzan en una tienda de seis a ocho pies cuadrados; viven de galletas y levantan por su paciencia, industria y economía una fortuna; y contrario a los yankees, nunca fracasan».

Y recogiendo el testimonio de Rosamond de Bauvallion afirma:

«Al ver a esta gente sobria e industriosa levantarse con el día y sin cesar en el trabajo, bajo un sol que enerva y mata, lejos de sentir el soberbio desdén con el cual los criollos les corresponden, yo me siento penetrado por una especie de respeto. [...] Como un pulpo, el catalán extendió sus tentáculos alrededor de casi todos los campos de gestión económica de la isla, salvo el cultivo y manufactura del azúcar, y esto porque encontró que resultaba más beneficioso dejárselo a otros. [...]

Una gran parte del comercio de toda la isla está en sus manos, tanto como una gran parte de su riqueza. En el interior de la isla parecen monopolizar todas las ramas del comercio. [...]

Difícilmente una nave se avista mar afuera con la que no estén ya familiarizados, sus agentes son los primeros a bordo, revisan el cargamento, y si encuentran la mercancía de su gusto, deliberan, evalúan y acuerdan un precio; el trato está hecho, la división se efectúa en proporción al capital de cada uno de los asociados. Objetar sus condiciones es exponerse al riesgo de perder la venta; maestros en el comercio y operando en extraño concierto, echan a un lado o aplastan a todos los competidores extranjeros. [...]

El catalán, además, facilita al hacendado todo lo necesario para sus negros y sus haciendas: le adelanta dinero por sus cosechas las cuales vende a comisión; y con frecuencia le presta las sumas requeridas para erigir sus costosas fábricas de azúcar, o para sus menos costosos cafetales».

Un testimonio igual de interesante es el de María de las Mercedes Santa Cruz, condesa de Merlín. Se trata de una aristócrata nacida en La Habana pero que vivió casi toda su vida en Francia. En 1840, con cincuenta y un años, realizó un viaje a Cuba a raíz del cual nació su libro *Viaje a La Habana*:

«No hay pueblo en La Habana: no hay más que amos y esclavos. Los primeros se dividen en dos clases: la nobleza propietaria y la clase media comerciante. Ésta se compone en su mayor parte de catalanes que, llegados sin patrimonio a la isla, acaban por hacer grandes fortunas, comienzan a prosperar por su industria y economía, y acaban por apoderarse de los más hermosos patrimonios hereditarios, por el alto interés a que prestan su dinero».

La economía de plantación cubana tuvo momentos de violenta expansión a partir de 1788. Fue el ciclo del predominio manufacturero del azúcar cubano. Entre 1815 y 1842 las condiciones internacionales políticas, económicas e incluso tecnológicas habían cambiado. La introducción de la máquina de vapor en la industria del azúcar dio origen a la fase semimecanizada de la manufacturación, y el sistema esclavista empezó a agotar las posibilidades productivas hasta entrar en crisis. Los costos de producción resultaban cada vez menos competitivos ante el avance de otros productores, especialmente los de la remolacha. Cuba perdió la pluralidad de los mercados y se quedó sólo con los de Inglaterra y Estados Unidos, y éste último tenía tendencia al monopsonio (situación del mercado en que existe un sólo comprador y muchos vendedores). La tradicional sacarocracia criolla acabó arruinada por los comerciantes españoles, que pignoraban el avituallamiento para las cosechas. En tales condiciones estalló la primera guerra de Independencia, liderada por los antiguos sacarócratas criollos.

#### LA DESACELERACIÓN POSTERIOR A 1860

La primera guerra de Independencia tuvo lugar entre 1868 y 1878. Su resultado poco después de acabar fue la abolición de la esclavitud, que obstaculizaba el paso a la gran industria mecanizada. La revolución tecnológica condujo la sustitución de las fábricas primitivas de azúcar –los *ingenios*– por *ingenios centrales*, o simplemente *centrales*. Se trataba de fábricas de vapor totalmente mecanizadas que producían azúcar de mayor calidad a unos costos internacionalmente competitivos. Además, las doscientas nuevas centrales instaladas generaban más azúcar que los más de dos mil ingenios a los que acababan de sustituir.

Los 30 años que se suceden entre 1868 y 1898 están caracterizados por las luchas en pro de la independencia de Cuba. Alrededor de 1860 los catalanes se habían diseminado por toda la isla, entre las

ciudades comerciales. Según Yáñez Gallardo, en el año 1860 representaban el 15,6% del los peninsulares afincados en Cuba, pero en la zona oriental alcanzaban el 36,5% y, en algunos lugares como Bayamo y Baracoa, el 50%. A partir de esta época y con el estallido de la primera guerra como catalizador, cambió el modelo migratorio catalán predominante hasta el momento. Algunos hombres de negocios, e incluso personas que se dedicaban a otras actividades, abandonaron Cuba en busca de oportunidades en otros países o volvieron a la patria.

La emigración económica catalana se redujo considerablemente, aunque sin llegar a erradicarse del todo. En cierta medida se compensó con la emigración forzada de los militares, que se enviaron a millares a la isla para defender el orden colonial; parte de ellos eran catalanes. Según Manuel Moreno Fragnals, entre 1868 y 1898 llegaron a Cuba casi medio millón de civiles españoles y más de medio millón de soldados de distinta índole. Si a esta cantidad se suman las repatriaciones y los muertos, se llega a la conclusión de que Cuba recibió a 700.000 inmigrantes españoles precisamente en el momento más cruento de las guerras de independencia. De estas cifras se deduce que buena parte de ellos vinieron como soldados.

En 1860, el 16% de los españoles que había en Cuba eran catalanes. Sin embargo, en 1898 este porcentaje había disminuido hasta un 6%; los primeros puestos de la inmigración de Cuba correspondían ahora a gallegos y asturianos.

#### LA REANIMACIÓN ENTRE 1900 Y 1928

En 1898, como consecuencia de la desintegración del colonialismo español, se detuvo temporalmente la llegada a Cuba de gente procedente de la Península y, *contrario sensu*, un buen número de personas decidieron regresar a España. No obstante, se trató de una reacción temporal. Al cabo de pocos años el *boom* volvió a tomar ímpetu, y con mayor intensidad que antes, debido a la apertura económica que promovieron las nuevas condiciones políticas cubanas.

Puede decirse que el *desastre* de 1898 no tuvo un efecto tan perjudicial como se había previsto sobre la economía catalana. El establecimiento de lazos y vínculos humanos producido durante el siglo XIX incentivó la continuidad de las relaciones comerciales, tal y como demuestran los datos estadísticos. Según un informe de la época<sup>2</sup>:

2. Estados Unidos. Oficina de Comercio Exterior: *Commercial relations of the United States with foreign countries during the year 1899*, 2 vol. Imprenta del Gobierno, Washington, 1900.

«Ante la sorpresa general, el final de la guerra fue la señal de una reacción bien favorable, atribuible principalmente a dos motivos: en primer lugar a una cosecha excelente y la consiguiente situación de prosperidad de todas las provincias de base agraria y, en segundo lugar, a la necesidad de satisfacer pedidos que llevaban meses paralizados. Las fábricas que habían estado trabajando a medio gas retomaron la actividad previa, las existencias acumuladas desaparecieron y se pactaron nuevos contratos a muy buen precio, hecho que supone que todos los sectores de este comercio estuvieran llenos de pedidos de entrega a muchos meses vista».

A pesar de las ventajas concedidas a las importaciones norteamericanas a raíz del Tratado de Reciprocidad entre Estados Unidos y Cuba, las exportaciones españolas, mayoritariamente catalanas, mantuvieron su capacidad de penetración en el mercado cubano después de 1898. La pérdida de mercado colonial fue un proceso lento que, en muchos casos, se prolongó más allá de la Primera Guerra Mundial. Esta situación tuvo que ver también con el flujo migratorio de españoles, que no se redujo durante las dos primeras décadas del siglo xx. En 1900, la población de Cuba era de 1,6 millones; residían allí 127.000 españoles de nacimiento, de los cuales cerca de 6.400 eran catalanes. Veinte años más tarde, con una población de casi tres millones de habitantes, en la isla vivían más de 300.000 españoles; unos 16.000 de ellos eran catalanes.

Según el historiador cubano Jesús Guanche, en esta época se produjo:

«El mayor de los trasvases humanos de España en América, ése que abarca desde 1880 hasta 1930 y que supera con creces todos los siglos anteriores de conquista y colonización. Del gran trasiego de más de tres millones de personas en medio siglo, algo más de un tercio llega a Cuba y una parte muy significativa no retorna, sino que crea las condiciones para asentarse y reproducirse biológica y culturalmente».

Y, refiriéndose a los años 1900-1926, Moreno Massó dice:

«Como indica acertadamente Cèsar Yáñez Gallardó, la inmigración catalana evolucionó siguiendo el comportamiento de los movimientos internacionales de población, pero a una menor escala. Según las estadísticas

oficiales el número total de catalanes embarcados hacia Cuba durante estos años en comparación con el resto de peninsulares no superaba el 2%. Ello respondió en gran medida a que la situación económica de Cataluña fuera mejor que la del resto de provincias españolas. Como primer centro industrial de España, Barcelona se convertía en una ciudad receptora de mano de obra».

Estados Unidos mantuvo a Cuba bajo su poder hasta 1902, momento en que la isla se convirtió formalmente en soberana, con una constitución, bandera, escudo, himno y elecciones, pero también con una limitación importante: la enmienda Platt, impuesta por Estados Unidos, que establecía el derecho de intervención militar si el *stabliment* lo consideraba conveniente. Impusieron también un tratado comercial «de reciprocidad» que beneficiaba notablemente las exportaciones norteamericanas a Cuba.

A pesar de estas cuestiones, mejoraron las condiciones sanitarias y sociales del país y se iniciaron inversiones importantes, especialmente en la industria del azúcar y de la minería. Todo fue sobre ruedas hasta que en 1921 tuvo lugar un grave *crack* bancario en Cuba y el capital norteamericano se apropió de bancos, industrias, tierras y otros capitales cubanos y españoles. Después de 1922, se produjo una débil recuperación interna y las inversiones continuaron. En 1925, la superproducción europea, los mecanismos proteccionistas y la política monetaria adversa resultaron los antecedentes de la gran crisis mundial de los años 1929-1934. Cuba, que hasta 1928 suministraba el 50% del azúcar que se consumía en Estados Unidos, el año 1933 sólo exportaba a ese país el 25%.

La década de 1930 trajo enfrentamientos políticos internos y frecuentes cambios de gobierno, con la consiguiente inestabilidad. Como consecuencia de ello la inmigración tocó a su fin y muchos peninsulares iniciaron su repatriación. Además, una ley que limitaba la contratación de extranjeros acabó prácticamente con la llegada de nuevos inmigrantes. La situación se mantuvo hasta la Segunda Guerra Mundial con muy pocos cambios, con la excepción de una recuperación débil. En marzo de 1952, el ex presidente Batista recuperó el poder mediante un golpe de Estado. El 2 de diciembre de 1956, Fidel Castro desembarcó en la isla con ochenta insurgentes e inició de este modo la rebelión contra la dictadura. Después de casi tres años de lucha armada, el 31 de diciembre de 1958 Batista huyó del país. El 1 de enero de 1959 se inició la etapa de la Revolución liderada por Fidel Castro.

Durante el más de medio siglo xx que acaba de describirse, la presencia de los catalanes cubanos pasó por cuatro estadios diferentes:

1. Llegada masiva entre 1900 y 1928, período en que se registró la mayor cifra de catalanes residentes en Cuba.
2. Al estallar la crisis económica mundial de 1929 muchos catalanes cubanos regresaron a Cataluña y la emigración hacia Cuba prácticamente se paralizó.
3. Descenso progresivo de los catalanes cubanos a partir de 1930, con una salvedad apenas perceptible al final de la Guerra Civil española. Muchos refugiados que llegaron a Cuba no pudieron quedarse debido a las leyes cubanas, que no favorecían la entrada en el país. Fueron pocos los que consiguieron quedarse.
4. A partir de 1959 se acentuó la caída de la cifra de catalanes cubanos. Algunos se fueron por considerarse afectados por las leyes revolucionarias o por simples prejuicios anticomunistas.

#### PUEBLOS DE PROCEDENCIA

Antes de la existencia del ferrocarril y de los barcos de vapor, los pueblos de la costa catalana disfrutaban de una importante actividad marinera representada por la pesca, el cabotaje, la construcción naval, los almacenes y hasta de firmas comerciales y escuelas náuticas. Las comarcas que se habían desarrollado alrededor de un puerto acostumbraban a ser más dinámicas dentro de la economía del Principado.

**Tabla 1.**  
**Comerciantes**  
**catalanes en**  
**Santiago de Cuba**  
**en 1833.**

Procedencias	Comerciantes	%
Sitges	85	36 %
Sant Pere de Rodes	19	8 %
Barcelona	14	6 %
Mataró	13	6 %
L'Escala	8	3 %
Calella	7	3 %
Vilanova i la Geltrú	6	3 %
Begur	6	3 %
St. Feliu de Guíxols	6	3 %
Otros	44	19 %
Desconocidos	22	10 %
<b>TOTAL</b>	<b>230</b>	<b>100 %</b>

Paradójicamente, la introducción del ferrocarril, junto con la sustitución de la vela por el vapor de los barcos, provocó la caída económica de los pueblos costeros y Barcelona asimiló toda la actividad del comercio exterior e interior.

Pero el *boom* de la migración catalana se produjo antes de 1850, por lo que fueron los pueblos costeros los principales puntos de salida de los pioneros que fueron hacia las Américas a hacer fortuna. Una muestra representativa de ello se aprecia en la Tabla 1. El total de comerciantes establecidos en Santiago de Cuba era de 322, de los cuales 230 eran catalanes; es decir, el 71% del total. Por otra parte, los españoles sumaban 267, y ello significa que los catalanes representaban el 86% de todos los procedentes de la Península, seguidos de los baleares, que sumaban el 13%.

La proporción no fue tan grande en La Habana durante la primera mitad del siglo xix, pero se contaban 373 catalanes de un total de 1258 comerciantes. No resulta una cantidad despreciable si se tiene en cuenta que se trataba de la capital de la isla y que, por lo tanto, acogía a un mayor número de personas de otras procedencias.

El caso más destacado es el de Vilanova i la Geltrú. La vocación cubana de los vilanovinos sigue presente hoy en día en sus calles, plazas, instituciones, monumentos, parentela, en el ferrocarril y en otros puntos que ratifican el nombre de *La Habana chica* que se dio a la villa. A falta de estadísticas concretas, será suficiente señalar que durante el siglo xix, el 24% de los directores y presidentes de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña de la capital cubana eran hijos de Vilanova i la Geltrú. El fundador de la entidad, el vilanovino Francesc Ventosa Soler, fue el primer director durante 1841 y 1842.

Mataró, Begur, Arenys de Mar, Barcelona, Sitges, Torredembarra, Cambrils y otros pueblos costeros fueron también importantes emisores de emigrantes en dirección a Cuba. De entre las poblaciones del interior es notable el caso de Rocafort de Queralt (la Conca de Barberà), que allá por el 1900 contaba con unos 600 habitantes y una actividad predominantemente agrícola. Así, por ejemplo, Josep Ferrer Vidal, hijo de dicha población, viajó a La Habana en 1896 y se estableció allí como comerciante de azafrán. Tras él, o junto con él, fueron otros que se dedicaron a negocios al por mayor de productos alimentarios. En aquella época el azafrán se utilizaba mucho y la Conca de Barberà era una región productora. Apellidos como Ferran, Tous, Tomàs, Ro-

vira, Ballester, Santacana, Graells, Bonet, Llobera y otros –todos ellos almacenistas– son procedentes de esta comarca. En Rocafort se conservan todavía hoy inmuebles de aquellos americanos.

### EL CAMINO A LA TIERRA PROMETIDA

Llegar hasta Cuba no acostumbraba a ser un camino de rosas. La primera dificultad era pagar los gastos del viaje. Quienes no contaban con un pariente o amigo que se lo financiara, podían recurrir a un préstamo, generalmente usurero, que establecía condiciones e intereses. Existía un cierto periodo de gracia entre el momento en que se avanzaba el dinero y aquel en que el beneficiario empezaba a ganar cierta cantidad en la tierra prometida y, en consecuencia, a pagar. Si al final no hacía fortuna o sencillamente al cabo de cierto tiempo no empezaba a reembolsarlo, los familiares tenían que hacerse cargo del pago.

En ciertas épocas se necesitaba también un certificado de buena conducta, y los menores, que eran numerosos, precisaban siempre el permiso familiar; por su parte, las personas casadas requerían la aprobación del cónyuge. El servicio militar aplicaba sus propias formas de control a pesar de que por lo general se burlaban mediante sobornos.

A algunos de los recién llegados los esperaban parientes, amigos o personas encargadas de encauzar sus primeros pasos. A pesar de todo, en general el periodo de adaptación no resultaba fácil. Además, una vez establecidos las condiciones de trabajo tampoco eran demasiado agradables. El testimonio de excepción de Josep Aixalà Casellas nos presenta una viva imagen de aquellos momentos:

«[...] del muelle me dirigí al trabajo, a la fábrica de tabacos del Batet del Arbós [Josep Gener Batet], a quien Dios habrá perdonado en un momento de generosidad. En la época de mi llegada a Cuba, no existía consideración ni humanidad [se está refiriendo a 1878]. Éramos los trabajadores esclavos blancos. Nos trataban como a los burros uncidos a la noria, que nunca terminan la tarea. No había horario, ni habitación, ni aire, ni higiene. Se dormía en cualquier parte: encima de la picadura extendida por el pavimento, donde el tufo del tabaco era tan fuerte, que a muchos mareaba y lo que era peor, arruinaba los pulmones. Vivía entre tuberculosos. El que se salvaba era la excepción. Me acostaba cansado de cuerpo y alma y me dormía tan fuerte como el cemento a los tres meses».

Cabe decir que Aixalà, además de llegar a ser un verdadero potentado, fue intelectual y escritor, condiciones poco frecuentes en un inmigrante. Además, su testimonio hace referencia a una personalidad importante, Josep Gener Batet; resulta significativa su expresión respecto a él «a quien Dios habrá perdonado en un momento de generosidad». No se trata del juicio de un reformista social, sino de un integrante del grupo de los grandes hombres de negocios (más adelante se realizan semblanzas de Aixalà y de Gener Batet).

Buena parte de los que llegaban a Cuba lo hacían motivados por el lema «cinco años de privación y una fortuna» tan en boga en aquella época. Empezaban como aprendices realizando las tareas más ingratas durante prolongadas jornadas. Cargaban y descargaban mercancías y limpiaban los locales esclavizados tras un mostrador que por las noches les servía para dormir. A diferencia de otros inmigrantes peninsulares, los catalanes no acostumbraban a llegar como servicio, y por lo general superaban la primera prueba después de algunos años convertidos en comerciantes o propietarios de algún negocio. Alcanzaban un estatus cuando se convertían en «propietarios de casa, caballo y criado». Pero, obviamente, no todos lo conseguían.

De entre los que llegaron antes de 1898, muchos sirvieron en el Cuerpo de Voluntarios –cuerpo de ejército paramilitar–, que en la práctica no siempre era tan voluntario. Se trataba de una especie de peaje o tributo obligatorio para no ser tomado como contrario al régimen colonial sustentado por la corona, y también por las clases dominantes de la isla. Este tema se retomará más adelante.